



Al final, el fallecimiento de la reina Isabel II ocurrió más rápido de lo que el público había previsto. Después de todo, la Reina Madre había vivido hasta los 101 años y, a pesar de la pérdida del Príncipe Felipe y los modestos cambios en su agenda, la Reina estaba en camino de cumplir un siglo y, tal vez, sobrevivir a su madre. (Foto: Transmisión de Navidad de la Reina, 2018.)

Pero la edad avanzada es frágil. Habiéndose comprometido públicamente a la edad de 21 años con una vida de deber, la reina Isabel sin duda obtuvo mucha satisfacción al alcanzar los 25.000 días de servicio público y reinar durante setenta años, el reinado más largo en la historia británica. El dolor, sin embargo, pasa factura. Además de la pérdida de su “fuerza y permanencia”, estaba el estrés de la dudosa amistad del Príncipe Andrew con el caído en desgracia Jeffrey Epstein, y el cambio de los deberes reales del Príncipe Harry por el brillo superficial de la élite de Hollywood.

CÓMO LA MAYORÍA CONOCÍA A LA REINA

De todas las hordas que vislumbraron a Su Majestad en todo el mundo, la mayoría obtuvo su mejor sentido de la Reina de sus transmisiones navideñas. Inicialmente transmitidos por radio en 1932, comenzaron a ser televisados durante su reinado, en blanco y negro desde 1957 y en color desde 1967. Por unos momentos cada día de Navidad, la Reina entraba en nuestras salas de estar y teníamos una idea del suyo.

Es cierto que, cuando éramos niños, lo encontrábamos aburrido, una imposición en nuestra obsesión autoindulgente con nuestros nuevos regalos de Navidad. Las transmisiones fueron importantes para nuestros padres, quienes recordaron que nuestros abuelos se habían parado en su sala de estar para escuchar el himno nacional al final de las transmisiones. En nuestra adolescencia, nos habíamos vuelto más conscientes del peso de la historia y del lugar especial de la monarquía

británica en el escenario mundial. Sin embargo, ignorante de la convención constitucional, fue desconcertante que la Reina dijera tan poco en Navidad. Algunos recuerdos del año pasado y sentimientos fugaces sobre el nacimiento de Jesús nos parecieron algo trillados a quienes crecimos con la fe cristiana en el hogar y en la iglesia. Sin embargo, la madurez y la comprensión de la necesidad de la gracia de Dios permitieron un mayor interés en lo que la Reina tenía que decir.

POR QUÉ MUCHOS LLORAN A LA REINA

El duelo no se limitó ni a los británicos ni a los monárquicos. En todo el mundo, las personas de clase alta y baja recuerdan a la reina Isabel con gran respeto. ¿Pero por qué?

En primer lugar, en un mundo de tantos cambios y turbulencias, Su Majestad era un rostro constante y una característica de la vida. En sellos, en moneda, en las noticias, ahí estaba ella. Cuando todas las modas se nos presentaban, ella era una presencia estable y permanente.

En segundo lugar, como jefa de estado y fuera de la contienda política, no tuvo que probar su punto, manipular los hechos o hacer campaña por nuestros votos. Sí, la monarquía y su pompa sin igual son costosas, pero los británicos tienen un jefe de estado en torno al cual todos pueden unirse. Efectivamente, qué gris sería el Reino Unido sin la monarquía.

En tercer lugar, la monarquía ha mantenido su brillo en medio de días de escrutinio televisado, en gran medida debido a la integridad de la Reina. Ella, como el resto de nosotros, tuvo sus fallas y tropiezos, con preguntas planteadas sobre sus respuestas al desastre de Aberfan (1966) y la muerte de Diana (1997), y su tolerancia a las expectativas del Vaticano de que los monarcas protestantes vistieran de negro para visitar el Papa. Sin embargo, quién puede negar que, como “Defensora de la Fe y Gobernadora Suprema de la Iglesia de Inglaterra”, buscó seguir constantemente la enseñanza, el llamado al servicio y el ejemplo de Cristo. Esto la diferenció de muchos líderes mundiales.

Cuarto, a pesar de la riqueza y el estatus de Su Majestad, la gente se relacionó con ella, ya que los Windsor también experimentaron una disfunción: un tío vergonzoso, una hermana problemática e hijos con matrimonios rotos. Muy diferente a nosotros, ella conocía una tragedia humana más allá de la norma: una atrocidad terrorista y una muerte por accidente automovilístico. Extrañaremos su compasión esta Navidad, pero el recuerdo de Su Majestad permanece vivo.



LA FE DE LA REINA

Diferentes sectores de la sociedad compartían intereses con la reina Isabel. La comunidad de carreras de caballos podía contar con su pasión por los caballos, mientras que la comunidad cristiana, independientemente de su denominación, se animó con su suave contradicción con la incredulidad de hoy. De hecho, su charla de Jesús trajo a la mente las palabras de John Newton (1725-1807): “¡Qué dulce suena el nombre de Jesús en el oído de un creyente! Alivia sus penas, cura sus heridas y aleja su miedo”.

EL CONTEXTO DE LA FE DE SU MAJESTAD

Sin embargo, vale la pena recordar que la reina Isabel era una monarca y no una teóloga. Fue su educación y posición más que su entrenamiento lo que la convirtió en una Defensora de la Fe. Como tal, estuvo expuesta a diferentes influencias dentro de lo que, lamentablemente, se ha convertido en una Iglesia de Inglaterra severamente debilitada.

En la historia de la Iglesia Anglicana se han enseñado grandes verdades bíblicas. Estos están resumidos en los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra (1563/71) y han sido proclamados en y desde la Iglesia Anglicana por algunos grandes santos, desde los reformadores de la iglesia del siglo XVI hasta los predicadores del siglo XVIII durante el avivamiento y hasta los expositores de la Biblia del siglo XX. La Reina tuvo acceso a algunos de ellos, en particular a su antiguo capellán honorario John Stott (1921–2011). Sin embargo, también aprendió del evangelista estadounidense



Billy Graham (1918–2018). Su hijo Franklin Graham escribió sobre su fallecimiento: “Estoy especialmente agradecido por la amistad de la Reina con mi padre. . .

Apreciaba su amistad basada en un amor compartido por Jesucristo y la creencia en la Palabra de Dios”. (Foto: www.pinterest.com.)

Sin embargo, junto con esta influencia evangélica de “iglesia baja” basada en la Biblia, existe dentro de la Iglesia anglicana influencias de “iglesia alta” (anglo-católica) e influencias de “iglesia amplia” (liberal). Esto último nos interesa aquí, porque los mensajes de Navidad de Su Majestad han emitido una curiosa mezcla de ortodoxia y liberalismo teológicos. Tal observación requiere justificación.

EL CONTENIDO DE LA FE DE SU MAJESTAD

Contrariamente al liberalismo teológico, la reina Isabel mantuvo la confiabilidad de la Biblia como la Palabra revelada de Dios. Ella creía que el Jesús que allí se representa brindaba amplia evidencia de ser el Hijo de Dios y que solo

él vino a ser nuestro Salvador: “Aunque somos capaces de grandes actos de bondad, la historia nos enseña que a veces necesitamos salvarnos de nosotros mismos, de nuestra imprudencia o nuestra codicia. Dios envió al mundo una persona única, ni filósofo ni general, por importantes que sean, un Salvador, con el poder de perdonar” (2011). Sin embargo, fue con respecto a la base del perdón que las declaraciones de Su Majestad se volvieron algo confusas. Cristo vino, ella dijo:

- **Para disipar la oscuridad.** No fundamentalmente, a través de la cruz (Génesis 3,15; Juan 12,31-32; I Juan 3,8), sino llamándonos a amarnos los unos a los otros (2015).
- **Enseñar.** No es de primera importancia una fe penitente en Jesucristo (Mateo 4:17; Marcos 1:14), sino un amor al prójimo: “Para mí, como cristiano, una de las enseñanzas más importantes [de Cristo] está contenida en la parábola del Buen Samaritano, cuando Jesús responde a la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” Es una historia eterna de una víctima de atraco que fue ignorada por sus compatriotas, pero ayudada por un extranjero y un extranjero despreciado. La implicación dibujada por Jesús es clara. Todo el mundo es nuestro prójimo, independientemente de su raza, credo o color. Cuidar de un prójimo es mucho más importante que cualquier diferencia cultural o religiosa”. (2004)
- **Servir.** No ante todo para hacer expiación por el pecado, sino para dar ejemplo. En la cruz, Cristo “mostró el ejemplo supremo de valentía física y moral” (1981). Estuvo “a menudo en circunstancias de gran adversidad, [pero] se las arregló para vivir una vida extrovertida, desinteresada y sacrificada. . . dejando claro que la verdadera felicidad y satisfacción humana reside más en dar que en recibir; más en servir que en ser servido” (2008).

¿Cómo explicamos esta confusión: la colocación del carro proverbial (amor y buenas obras) delante del caballo (arrepentimiento y fe en Cristo)? Varias teorías pueden ayudar.

En primer lugar, sus programas de Navidad, que se centraban en el nacimiento de Cristo más que en su crucifixión, inevitablemente hablaban más de su vida que de su muerte expiatoria.

En segundo lugar, no le estaba diciendo tanto a la población cómo pueden convertirse en cristianos, sino lo que Cristo significaba para ella: “Para mí, las enseñanzas de Cristo y mi responsabilidad ante Dios proporcionan un marco en el que trato de llevar mi vida” (2000).

En tercer lugar, como muchos cristianos, luchó por comunicar a una nación secular lo que sabía sobre cómo su audiencia podía convertirse en cristiana.

Cualquiera que sea la teoría que se acerque más a la verdad, es fundamental que no confundamos la forma en que deben vivir los cristianos, siguiendo la enseñanza, el servicio y el ejemplo de Cristo, con la forma en que nos convertimos en cristianos. ¡La salvación siempre es solo por la gracia de Dios!

UNA CARTA A SU MAJESTAD

Integral a la ética cristiana es el esfuerzo de no decir de alguien lo que no estarías preparado para decirle. Fue por ello, y por una carga para Su Majestad y para sus súbditos, que el 11 de mayo de 2020 le fue enviada una carta, esclareciendo las buenas nuevas de Jesucristo. Sigue un extracto de la carta (ligeramente modificada). Recibió respuesta de Su Majestad a través de Su Dama de Honor, con la seguridad de que la carta fue bien recibida.

Señora,

Como sujeto, se le deben felicitaciones tardías por su notable logro al convertirse, por la providencia de Dios, en el monarca con más años de servicio en la historia británica. Sus súbditos se enorgullecen de su representación de nuestro país. Alabamos su ejemplo de entrega al deber y apreciamos la sabiduría y la estabilidad que ha exhibido durante muchas décadas como jefe de Estado, en circunstancias agradables y desagradables. En particular, la comunidad cristiana se siente alentado por su audacia al afirmar públicamente su fe cristiana. La suya ha sido una voz bienvenida en medio de la incredulidad de nuestros días y nos alienta a orar por el renacimiento de la iglesia en el Reino Unido y la vivificación espiritual de la sociedad británica. También elogiamos al Príncipe Carlos por estar entre las primeras figuras públicas en hablar en nombre de los cristianos perseguidos en el Medio Oriente. Sepa entonces, Su Majestad, que su testimonio de Jesucristo no pasa desapercibido. Alabamos a Dios por ello.

Como ministro del evangelio, es emocionante haberla escuchado, en muchas transmisiones de televisión, señalar a sus súbditos a Jesucristo. Él es ciertamente el Rey de reyes y el Señor de señores (Filipenses 2:1-11). Sin embargo, en sus propias palabras, **“el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”** (Marcos 10:45).

Jesús se estaba refiriendo a cómo estaba estableciendo las buenas nuevas de salvación. Por un lado, al vivir en completa obediencia a la ley de Dios, Él obtuvo para nosotros la justicia perfecta que necesitamos para poder estar firmes ante Dios (2 Corintios 5:21). Por otro lado, al ir a la muerte de cruz, Cristo se sometió voluntariamente a la justa ira de Dios que nos correspondía (Isaías 52:13-53:12). En esta sumisión, que había sido acordada eternamente dentro de la Deidad, nuestro Señor nos enseñó la verdad innegociable de que somos salvos de nuestros pecados no por nuestro servicio defectuoso a Dios sino por el servicio perfecto de Cristo a nosotros.

Para recibir esta salvación descansamos todo nuestro peso en Cristo. Solo al hacerlo estamos seguros de que su vida se ha convertido en nuestra perfección ante Dios y su muerte en la expiación de nuestro pecado. Los Treinta y Nueve Artículos



Los Treinta y nueve artículos de la Iglesia de Inglaterra son la influencia principal del reformador inglés, el arzobispo Thomas Cranmer (1489–1556), y fueron escritos “para evitar controversias en las opiniones”.

de la Iglesia de Inglaterra (1563/71) explican todo esto en tres artículos:

Artículo XI: De la justificación del hombre. Ante los ojos de Dios somos estimados como justos, pero sólo por el mérito de nuestro Señor y Salvador Jesucristo por medio de la fe y no por nuestras propias obras o merecimientos. Por lo cual el hecho de que estamos justificados por la fe es sólo una doctrina muy benévola y reconfortante...

Artículo XII: De las buenas obras. Aunque las buenas obras, que son los frutos de la fe y siguen a la justificación no pueden apartar nuestros pecados, y soportar la severidad del juicio de Dios, son sin embargo agradables y aceptables ante Dios por medio de Cristo, brotando necesariamente de una fe verdadera y viva hasta el punto de que gracias a ellas esta fe enérgica se puede conocer evidentemente del mismo modo que un árbol se conoce por el fruto.

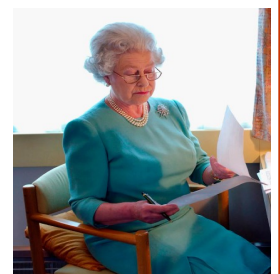
Artículo XIII: De las obras antes de la justificación. Las obras realizadas ante la gracia de Cristo y la inspiración de su espíritu no resultan agradables a Dios, dado que no florecen de la fe en Jesucristo ni hacen que los hombres puedan recibir la gracia, o (como dicen los autores eruditos) que la merezcan de congruencia: en efecto, más bien porque no se consumen tal y como Dios lo desea y ordena que se cumplan, no dudamos de que poseen la naturaleza del pecado.

Por lo tanto, mi oración por Su Majestad, mientras busca terminar con fuerza su vida y su reinado, es que su esperanza de vida eterna no resida en su destacado servicio a nuestra nación, sino en el superior servicio de Cristo para nuestra salvación. Que la entrañable inspiración que toma del ejemplo de Cristo surja de su descanso previo en él y de su muerte por su salvación. Como nos enseña el apóstol Pablo, no somos salvos por las obras, sino por ellas (Efesios 2:8-10).

Para aclarar esto, a menudo planteamos en nuestro trabajo pastoral la pregunta: “Si murieras hoy y Dios te dijera: ¿Por qué debo dejarte entrar al cielo? ¿Qué diría?”. Hablando personalmente, mi única esperanza para el cielo es que Cristo haya vivido y muerto por mí. Ruego que esta esperanza también sea suya y que Dios la use para consolarlos a ustedes y al Príncipe Felipe en sus últimos días, fortaleciendo su testimonio de Jesucristo en todo el mundo.

En todo lo dicho aquí, tengo el honor de ser el humilde y obediente servidor de Su Majestad.

Rev. Dr. Tim J. R. Trumper
(Foto: www.news.com.au.)



Información Postal:



¡LARGA VIDA AL REY!

Se sentirá extraño y, sin embargo, tranquilizador para muchos británicos y ciudadanos de las catorce tierras en las que la corona británica sigue siendo jefe de estado al escuchar la transmisión navideña del rey Carlos. Si bien

ha jurado, al igual que su madre, ser un Defensor de la fe, reina sobre todos los credos y sobre ninguno. Así, en una sociedad multicultural y multi religiosa, quiere espacio para todos, que ninguno sea perseguido por sus creencias. En sí mismo, esto es admirable. Dijo Sabastian Castellio (1515–1563) en la época de la Reforma protestante: “Matar a un hombre no es defender una doctrina, es sino matar a un hombre”.

Sin embargo, buscamos una manera de tolerar sin relativizar la buena nueva de Jesucristo. Por ejemplo, la reina Isabel se acomodó demasiado en 2011 al describir a Jesús simplemente como una “persona única”. Su funeral proclamó conmovedoramente a Cristo *“el camino, la verdad y la vida”*. Sin embargo, el resto de las palabras de Jesús fueron omitidas: *“Nadie viene al Padre sino por mí”* (Juan 14:6). Dado esto, que Dios capacite grandemente al Rey Carlos y la Reina Consorte para abrazar la unicidad de Jesucristo sin vergüenza como Salvador y Señor. Tanto su salvación como la nuestra depende de esta gloriosa verdad.

Ya sea que el legado de la Reina de hablar de Cristo se haga más alto o no, bajo Carlos, que esta Navidad nos inunde de que solo en el Hijo de Dios tenemos un monarca que nunca nos fallará y un reino que nunca menguará. Por el contrario, el número de cristianos en la tierra se ha cuadruplicado durante el último siglo, ya que hombres y mujeres de todo el mundo han encontrado en el Rey Jesús a un líder que murió por nuestros pecados y resucitó para vencerlos. La salvación se obtiene, pues, no dedicándonos a su enseñanza, servicio y ejemplo, sino arrepintiéndonos de nuestros pecados ante Dios y confiando de todo corazón en el servicio que Cristo nos ofreció hasta su muerte en la cruz. Sólo en posesión de la salvación tenemos el deseo y la capacidad de copiar su ética.

¿UNA AUDIENCIA CON EL REY?

Esta temporada de Adviento, estás invitado a acercarte al Rey Jesús. Recuerde, primero vino a nosotros para que podamos ir a él. Su invitación supera, pues, todo lo que pueda ofrecer el mejor de los monarcas. El londinense desempleado, Michael Fagan, lo descubrió muy bien.

No tenía invitación para visitar a la Reina. Simplemente se encargó de entrometerse con ella. La primera vez que lo intentó, el 7 de junio de 1982, buscaba en el Palacio de Buckingham un lugar para hacer sus necesidades. Rápidamente se fue, robó un automóvil, fue arrestado y pasó tres semanas en la cárcel de Brixton. Al ser liberado, todavía dolido por el abandono de su esposa, regresó a la residencia de la Reina una mañana temprano. Aunque poseía 775 habitaciones, 52 habitaciones de realeza y de invitados, 188 habitaciones para el personal, 92 oficinas y 78 baños, Fagan tropezó con la habitación de la Reina. Al encontrarla dormida, la despertó abriendo las cortinas, buscando no su ayuda sino la oportunidad de cortarse las venas ante ella. Hablaron, pero la Reina finalmente obtuvo ayuda y pasó corriendo junto a Fagan una vez que llegó.

Jesús, por el contrario, nunca duerme. Sus oídos están siempre abiertos a nuestro clamor. Él no llama a la campana de alarma. Más bien, dice: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). Tenga la seguridad de que Jesús no huirá de usted ni su acercamiento a él dará lugar a una investigación de Scotland Yard. Más bien, como descubrió Fagan, no hay cargos por entrometerse. Por el contrario, aquellos que, reconociendo su indignidad, se acercan a Jesús son recibidos con alegría en la casa real de Dios (Efesios 2:19). ¿No es hora, pues, de ir en busca del Rey?

(Imagen: www.esquire.com.)



PRÓXIMO EJEMPLAR: MARZO 1